

Perfil vigente de José Martí²

Felipe Martínez Arango

Registra la historia de la humanidad, de tiempo en tiempo, la aparición de individualidades insólitas —de grandeza acumulada, pudiera decirse— integradas por una suma feliz de cualidades extraordinarias —pensamiento y acción—, marcadas con la señal del genio creador, destinadas a variar el esquema de las cosas y a consumirse en la propia llama interior después de haber alumbrado el camino de los pueblos.

A esta singular categoría humana pertenece José Martí, nacido, para orgullo de América y gloria legítima de Cuba, en una humilde casa de la calle de Paula, en La Habana, hace justamente un siglo.

Para conmemorar el impar suceso, la Universidad de Oriente, transida de emoción, se honra hoy al levantar su voz junto al espontáneo coro de voces del pueblo de Cuba y de los pueblos todos de América.

Arribamos, por fortuna, a este primer centenario, cuando ya la crítica más rigurosa —nacional y extranjera— ha fijado casi de modo exhaustivo, en lo fundamental, el sitio que corresponde en la historia a José Martí. Menester ha sido penetrar a veces la espesa maraña, pedestre o desorbitada, de la mediocridad o de las beatificaciones deshumanizadoras. Sin perder de vista, precisamente, el patrón humano es como asombra la medida en que colmó los moldes de la grandeza.

² Introducción al Ciclo Martiano iniciado en la noche del 28 de enero de 1953.

Laborioso ha sido el proceso para llegar al Martí integral. No ha sido fácil la tarea de hurgar en lo hondo la singular personalidad del héroe, adornada, en síntesis admirable, y en grado eminente, por las más variadas facetas, en apariencia contrapuestas.

Los intérpretes de su rara personalidad no siempre han logrado conjugar, de modo armónico, la pura calidad humana del hombre —gran sentidor— y la eminencia del intelectual, uno de los más grandes escritores de nuestro idioma.

Deslumbran el prosista original, el altísimo poeta innovador, el más notable y espontáneo cultivador del género epistolar que recuerda Hispanoamérica, el orador de prodigioso caudal adonde se aprietan las ideas y los matices, el moralista de honradez insobornable, el pensador buído de vuelo alto y raíz profunda —disparado hacia lo absoluto, como de buen ancestro hispánico—; el sabio maestro de maestros, de niños y de hombres.

Estadista genial, previó el destino de Cuba y de América y señaló las vías a seguir con visión de profeta. Demócrata convencido, campeón de la libertad, azote de tiranos y de fanatismos sectarios, atisbó y quiso la justicia social para los que nunca olvidó: “los pobres de la tierra”. Legó las normas correctas sobre las que debía fundarse la República y el cuerpo doctrinal para mantenerla con decoro y justicia.

Fue varón estético de finísima sensibilidad y poseyó un raro poder de intuición. De temperamento romántico, de profundidades místicas y vuelo espiritualista, tuvo un exacto sentido de la realidad. De carácter entero y enérgico, fue tierno como un niño y siempre fiel a sí mismo.

Fue culto en singular medida. Penetró profundamente el sentido de las cosas, las leyes del acontecer y el alma de los hombres. Poseyó absorbente y extraordinario don de gentes. Unió e inspiró con luminoso magnetismo personal. Juntó su coraje y su virtud a su talento y corazón extraordinarios para servir a todos y no para regalo de sí propio. En ocasiones fue negado y escarnecido, más siguió con valentía consciente, hasta el fin, la ruta de su obra, sin reparar en las espinas del camino, renunciando al paso hogar, honores y riquezas materiales, para darse

por entero a la patria —sin esperar cobija— con generosidad de fundador.

Hombre de pensamiento, fue, a la vez, infatigable en la acción. Cosa de milagro nos luce la energía que animaba su cuerpo pequeño y frágil, coronado por la hermosa frente, que en verdad era “ladera de monte”. Prodigioso revolucionario, de certero sentido político, laboró con entraña y alma de pueblo. Vislumbró y denunció en alborada el fenómeno imperialista. Y postuló, en forma lapidaria, una política económica para América. Evocó la guerra justa —“sin odios”— que debía variar el rumbo de la historia para cerrar con la independencia de Cuba el ciclo necesario y heroico de la libertad americana iniciado por Bolívar.

Su apasionada capacidad de amar —honda, ilimitada y generosa— tuvo un objetivo cardinal: Cuba, nuestra patria. Por ella vivió en perenne tensión agónica. Por ella sacrificó cuanto suele ser caro al hombre. A ella dedicó lo mayor y mejor de su milagrosa actividad, que jamás conoció de flaquezas y desmayos. Para que tuviéramos —una vez liquidada la Colonia— la feliz República que concibió —digna, justa, libre y soberana—, encaró las balas de la España enemiga y ofrendó vida —útil y bella vida— en el campo de batalla de Dos Ríos.

Hoy es parte consubstancial de la nación que le proclama Apóstol, forjador y guía. Y tiene aposento propio en cada corazón cubano.

Amó, defendió y sirvió, con amor de puro hijo, a Hispanoamérica —a la que consideraba como una sola patria grande desde el Bravo a la Patagonia—. Tuvo fe en sus destinos; y advirtió, presintiendo su hora, de modo claro y reiterado, en su estilo único, que si caía era también por nuestra América. Hoy la madre América lo reclama como genio tutelar, hijo eminente entre todos sus grandes hijos.

Martí ofició con altura su carrera de hombre. “La difícil carrera de hombre”, dijo y añadió: “escasos como los montes son los hombres que saben mirar desde ellos con entraña de humanidad”. Y eso fue por sobre todo: hombre. Nada humano le fue ajeno. En su pensamiento —de universal dimensión— y en su ejecutoria, hay un retumbar de mundo. De mundos, acaso.

En nuestras palabras, señoras y señores —supérfluo parece apuntarlo— hay amor de cubano y admiración de humano, pero ni sombra de hipérbole. Entiéndase bien esto. Ni siquiera la devoción por Martí podría desviarnos del tributo que rendimos a la verdad histórica. Y no huelga recordar que destacados críticos de todo el continente, de España, y aún de otras tierras, han abundado, con brillantez y acierto, en mucho de lo que dejamos apuntado. Por razones de ubicación en tiempo y espacio, y por quienes fueron, solo queremos referirnos a dos esta noche. El argentino Domingo Faustino Sarmiento, gran pluma y gran espíritu de América, contemporáneo de Martí, afirmó categóricamente que puesto a elegir un solo hombre representativo de la América Latina, ese hombre sería José Martí. Y hace pocos años, el gran escritor alemán, Emil Ludwig, con quien tuvimos el privilegio de platicar largamente en torno a Martí, antes de su viaje sin retorno, afirmó en uno de sus últimos trabajos: “de ser traducidas sus obras a otros idiomas, serían suficientes por sí solas, para convertir a Martí, hoy, en guía espiritual del mundo”.

Buena parte de la tarea del gran cubano reclama aún obremos esforzados, de mente alta, paso firme y manos limpias. Y sus postulados relampagueantes tienen vigencia activa en Cuba, en América y aún fuera de ambas. Poner en marcha la ideología martiana, revivirla en la conducta, llevarla en el corazón más que en los labios, hacerla penetrar los más recónditos arcanos de las conciencias, es contribuir al arreglo del mundo y al de nuestro país, ya que por la casa propia debemos empezar.

Y al quedar rozado el tema es fuerza señalar, al margen de sectarismos politiqueros, adonde jamás nos hemos albergado, y sin desdoro del marco académico de este acto y sí a tono con lo que también es quehacer formativo de la Universidad y culto activo de José Martí —hipócritamente invocado por los fariseos de turno, los de ayer y los de hoy— que nuestra alegría en este natalicio tiene un poco, permítasenos la frase, de júbilo a media asta. No podía ser de otro modo cuando acaba de ser herida la República en lo hondo por la más estéril usurpación que recuerda nuestra historia política, a contrapelo del Derecho y con escarnio de la doctrina martiana. El insólito atentado castrense de marzo pasado, a espaldas del pueblo de Cuba, es, entre otras

cosas, la concomitancia de la rapacidad y la cobardía cívica, de la incultura y la indiferencia, de la frivolidad y la insolencia, de la traición y la ignorancia, de la irresponsabilidad y el soborno. El proceso viene de atrás y muchos en él han puesto sus manos.

Quemen estas verdades, pero es deber decirlas alto y claro. No para la siembra escéptica, sino —todo lo contrario— para volver a encontrarnos, una vez penetrado el mal hasta la raíz y aplicado el cauterio. No hacerlo sería incumplir la cabal misión de la Universidad y negar la norma martiana. Nuestro pasado histórico presenta, por lo general, un saldo positivo, glorioso en ocasiones. Nos alejamos de sus mejores calidades en la medida en que nos distanciamos de la doctrina y la ejemplaridad vital de José Martí.

De estas vivencias dolorosas se forman los pueblos. Sirva la experiencia para hacer imposible que vuelva a ser suceso lo que jamás debió ocurrir. Menester es liquidar lo episódico y vulgar, para adentrarnos en la obra seria y perdurable.

No es Cuba tierra de dictaduras. Su tradición liberal y democrática, aún en el orden rigurosamente institucional —torpemente deshecho hoy en peripecia sin gloria y sin razón— arranca de la propia manigua heroica. Se confirma en la última década, para ejemplo de América y para el buen nombre de Cuba ante el mundo —a pesar de lacras internas de viejas raíces coloniales—, y llevaba nuevas trazas de superación en la consulta popular que se ha interrumpido.

Necesario es emprender el camino de nuevo. Acelerar el eclipse, abreviar el paréntesis. Una vez más José Martí será guía. Precisa apretar filas y limpiar las almas, que en Cuba ha llovido cieno. Y no será menester ir a las playas y llamar con los caracoles a los indios muertos. Como Martí, tenemos fe en el pueblo de Cuba.

La Universidad de Oriente —que en su breve historia se ha mantenido erguida y limpia desde la raíz, y que, por tanto, es en sí misma la mejor ofrenda de sus fundadores, de sus profesores y alumnos todos, al Apóstol (“hacer es la mejor manera de decir”), inicia esta noche un ciclo de conferencias en homenaje a José Martí en el primer centenario de su natalicio. Desfilarán por esta cátedra pública de la Universidad calando hasta

lo profundo —y calibrando— la vida y el pensamiento martianos, muy destacadas figuras de Cuba y de América. Nos honra esta noche con su presencia, el primero en turno de nuestros ilustres visitantes, el Dr. Raimundo Lazo, eminente profesor de la hermana Universidad de La Habana, estrechamente unida a la nuestra, hoy más que nunca. El Dr. Lazo, de antaño gran amigo de esta Casa, que ya ha sido presentado en ella y que ha disertado brillantemente entre nosotros en otra fecha memorable, es figura de sobra conocida por sus merecimientos intelectuales y limpia ejecutoria, dentro de Cuba y fuera de nuestra patria. El tema del Dr. Lazo es “La personalidad y el mensaje de Martí”. Bienvenido como a hogar propio, Dr. Lazo.

De inmediato hará uso de la palabra el estudiante Sr. Oclides Vázquez Candela, quien hablará a nombre del estudiantado de la Universidad de Oriente, por encargo de su Federación Estudiantil, colaboradora de este ciclo martiano organizado por el Departamento. Después habrá de actuar la coral de nuestra Universidad a cargo del inspirado Maestro Viccini.

Por vuestra responsable presencia aquí en esta noche memorable, por el caluroso y emocionante respaldo que habéis otorgado a nuestra palabra: muchas gracias.